

Una prosa que se consolida en cada nuevo libro

Antología nocturna

JULIO PAREDES

Babel Libros, Bogotá, 2013, 207 págs.

LA LITERATURA de Julio Paredes (Bogotá, 1957) no es desconocida para el habitual conocedor de literatura colombiana, que ha visto crecer a este escritor con cada nuevo libro –Julio Paredes publicó su primer libro, *Salón Júpiter y otros cuentos*, en 1994. Luego aparecieron *Guía para extraviados* (1997), *Asuntos familiares* (2000) y *Artículos propios* (2011)–. Pese a ello, los logros de su prosa, el gozo de su lectura, no ha alcanzado los lectores que se merece ni los aplausos de la crítica –periodística o académica– que ha sido más bien modesta en celebrar el proyecto creativo de Paredes. Un discreto trabajo de *marketing* de las editoriales que lo han publicado y una limitada visibilidad mediática, han opacado este trabajo que se ha quedado a la zaga de contemporáneos suyos que, a juicio de este reseñista, son de un talante menor. Pero vayamos más allá de la queja y aventuremos algunas ideas de por qué este libro de ocho cuentos es soberbio, una suma de destrezas narrativas, y muestra de la notoria madurez narrativa de Paredes.

Mi sugerencia es que el interesado comience la lectura de *Antología nocturna* no por el primero, sino por el último de los cuentos, “Escribir de noche”. Es un relato corto (siete páginas, unas 1.500 palabras), narrado en primera persona, en donde un joven cuenta su vuelta a Bogotá luego de seis años de ausencia (no se exponen las razones de su salida de la ciudad). En el segundo párrafo ya estamos envueltos en la atmósfera típica de los cuentos de Paredes: dentro de la aparente normalidad de la historia hay un desorden interno, que espera ser percibido por el lector atento. El joven viaja en un *jeep* con el novio de su mamá, Guillermo, un hombre mayor, que súbitamente detiene el auto y compra unas flores callejeras. En lugar de regresar a casa, Guillermo convida al narrador a visitar un cementerio. Allí vemos al hom-

bre mayor arrodillarse y cambiar las flores de una tumba, que el narrador infiere es de la esposa de Guillermo. El joven, por respeto, camina hacia otro lado del cementerio mientras mira las tumbas desconocidas:

Entonces la escena que empecé a ver afuera, con la potente luz del sol alargando las sombras de los árboles, el movimiento brusco de los pájaros entre las flores en el piso, el viento –que por el ruido que hacía entre las ramas y la extensión abierta del terreno, imaginé de una pureza nueva–, me pareció ajena a la peculiar simetría que necesitábamos mantener con los muertos. Busqué a Guillermo con los ojos y vi que seguía inmóvil, como si no supiera cómo despedirse y dar la vuelta. [pág. 205]

El relato, de repente, da un giro y emerge una trama paralela. El joven tiene una introspección: el ambiente calmo del cementerio le permite empezar a redactar, mentalmente, una carta de despedida a Tina, una mujer con quien ha tenido una intensa relación afectiva. El final –Paredes tiene un poderosa destreza poética para cerrar los cuentos– es una meditación proustiana sobre el tiempo. El presente se confunde con el pasado y crea una imagen que la memoria no borrará. Pero lo sucedido, ¿pasó o no?

Esta confusión entre *realidad real* y *realidad onírica* (o entre lo fenoménicamente real y cierta aprehensión subjetiva de la vida) marcan todos los relatos de este libro, pero en particular tres: “Invitación a un fantasma”, “*Judex*” y “Días de fiesta”. En el primero, el narrador, un arquitecto bogotano sin particulares éxitos en su profesión, se ha casado con su antigua cuñada, Jimena. Su hermano falleció en un accidente automovilístico y el narrador se convirtió en el sustituto del “fantasma”. Luego de una cena con la suegra, antes de partir para Nueva York (Jimena ha ganado una beca para hacer un posgrado en música), el narrador descubre que la mujer que ama le ha dejado un “residuo” de amor, y a este recuerdo se ata. En “*Judex*”, otro exiliado de Bogotá (tema que ya comentaremos más adelante), carga con un proyector de cine y exhibe películas en pueblos de tierra caliente. Durante una de las sesiones, un hombre es de-

gollado, y el juez del pueblo resuelve retener como prueba la película para pesar del narrador. “El fantasma” del asesinado y luego dos mujeres que, en compañía de un amigo recogen en un carro, quedan como huella de un pasado borroso. El fantasma de “Días de fiesta” es un hombre que miente sobre quién es. El narrador lo sabe y sin embargo, en un accidentado viaje en bus de un pueblo a otro, construyen una relación de confianza. El hombre entrega al narrador una carta dirigida a una mujer que amó, y este acepta entregarla cuando vaya a Bogotá. El narrador, un médico que trata de asentarse en provincia, acaba luego viéndose envuelto en un sordo evento de violencia con el hombre-fantasma conocido horas antes.

Otro tópico fuerte en los relatos de Paredes lo constituye su visión de la mujer. En este libro las hay “pálidas” (refulgen como la Ella de los románticos) y las de presencia luminosa y viva. Las que actúan como sombras de los sueños masculinos son Maritza (en “Días de fiesta”), Cristina (en “*Judex*”), Maggie (en “Perdido durante media hora”), Alma (en “El mapa de la realidad”) y Tina (en “Escribir de noche”). Amadas o desamadas, se rememoran como parte de un pasado imposible de superar. Con ellas no fue posible construir nada permanente, pero el recuerdo de su pérdida duele. Sus nombres salvan de la muerte a sus evocadores masculinos: tienen “una belleza con el poder de inmovilizar los sentidos” [pág. 109], como se dice de una de ellas.

El personaje más logrado de la colección de cuentos es Cecilia, la protagonista de “Orden y caos”. Ella representa el arquetipo de mujer real, contradictoria –no fantasmal, ni idealizada– capaz de expresar vivamente diversas emociones ante el amor, la propia identidad y la muerte. Recién divorciada pero sin rencor, tranquila, sin patetismos, e incluso de buen humor (ese humor bogotano basado en el juego de palabras que espera reciprocidad en un oyente inteligente), la vemos en la primera escena probándose unas medias “veladas” que armonicen con el vestido negro con el que irá al funeral de su padre. Este, un prestigioso matemático que se nacionalizó colombiano (bogota-

CUENTO		RESEÑAS
<p>no, sería mejor decir), sirve como el Gabriel de “Los muertos” de Joyce, de nodo narrativo para apreciar en un plano general al resto de la familia: la recién viuda que no parece desolada, la hermana conservadora casada con un extranjero, el tío condescendiente y heredero de la flema familiar, los profesores y alumnos discípulos del ahora muerto... Al final del día, acostada en el antiguo cuarto que habitó de niña, evoca el significado de ese ser amado:</p> <p>Ya en el calor de las cobijas, y mientras escuchaba, como años atrás, la suave melodía de una milonga subiendo desde la sala, no la amargó el débil consuelo de haber ansiado para su papá una vida mucho más larga, con muchas más tardes de juegos y acertijos, de indicios y cálculos maravillosos, de confidencias y diarios escritos en ciudades de raros descubrimientos como Budapest y Barcelona, de profundas y reposadas noches de sueño, sin nieblas movedizas, sin los tumultos de algún escondido caos. [pág. 171]</p> <p>Pero lo realmente llamativo del universo verbal de Paredes –su tema, diríamos en síntesis– es su representación de Bogotá. Tengo la impresión de que reproduce en mucho la ciudad del gran pintor Gustavo Zalamea, en la que una ballena surge del fondo de la tierra y se toma la plaza de Bolívar. Esta paramuna Bogotá es áspera, un lugar donde es mejor no estar porque en ella se fragua el fracaso y el desaliento. La mayoría de los narradores masculinos de <i>Antología nocturna</i> huyen porque en esta ciudad es imposible encontrar sentido a la propia vida. Son exiliados que se han ido a refugiarse en otra ciudad (el protagonista de “Invitación a un fantasma”) o que intentan volver a ella (el narrador de “Escribir de noche”), con el mismo miedo que abrigan hacia una mujer que amaron.</p> <p>El refugio y punto de fuga, en principio, es la “tierra caliente”, esas ciudades y pueblos dispersas por toda Colombia, en las que abrigan hallar sentido. Pero allí –Granada, Santa Teresita, Santuario– solo impera la violencia, consecuencia de la guerra. Aquí ya no aparece Mutis por el foro, con sus barroquismos tropicales. Esta “tierra caliente” es metáfora de una geografía donde la realidad arde.</p> <p>La Bogotá de Paredes es inédita</p>	<p>en la literatura colombiana porque la muestra como una ciudad digna de sentimientos complejos, que apoya y permite desarrollar una interioridad psicológica fuerte a los personajes, que regresan o huyen de esta ciudad como de una herida. Para el padre de Cecilia, “la ciudad se había convertido al final en el equivalente inmediato de un territorio turbulento y sin mapas, obligándolo a una búsqueda irregular, anómala y a tientas de una salida” [pág. 152]. Es una ciudad “denominada”, con referentes conocidos por quienes han vivido en ella (la catedral, por ejemplo, en “Invitación a un fantasma”, o el local de fotografías en “Perdido durante media hora”, que se ubican en el centro de la ciudad). A esta Bogotá que ahoga, surgen en oposición los pueblos donde tampoco hay salvación, pues allí el horror del conflicto armado, que se remonta a los años cincuenta del siglo pasado, roza sin tocarlos directamente a este conjunto de personajes que tratan de no desvariar ante la realidad ambigua que viven.</p> <p><i>Antología nocturna</i> es un volumen en el que se narran cosas duras. Algunos personajes esperan la expiación, otros creen renacer con un viaje, la mayoría huye. Las antítesis muerte-esperanza circulan en cada relato. En “El hombro” Maradona, un reclutador de “mulas”, espera que una mujer despierte luego de que Monsalve, un tegua que funge de médico, le ha introducido droga en el estómago. Pero Monsalve ha sido tocado por una fuerza superior al palpar el hombro de la pobre mujer, y está decidido a asesinar a Maradona, y redimirse. En “Perdido durante media hora”, el bueno de Mauricio sueña en un cuarto oscuro sacar la fotografía perfecta de una mujer para entregar a un tío que está a punto de morir. En “El mapa de la realidad”, Diego, un autor e ilustrador de libros para niños en crisis creativa, vende su apartamento y entrega a una veterinaria su mascota amada, pues espera encontrar un lugar donde las musas lo inspiren... Estamos, pues, en presencia del “<i>Musée des Beaux Arts</i>” de Auden:</p> <p>Acerca del dolor jamás se equivocaron los antiguos maestros. Y qué bien entendieron</p>	<p>su función en el mundo. Cómo llega mientras alguno cena o abre la ventana o nada más camina sin objeto. [...] No olvidaron jamás que el eterno martirio ha de seguir su curso irremediablemente, en sórdidos rincones donde viven los perros su perra vida... [Traducción de José Emilio Pacheco, en <i>Tarde o temprano</i>, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pág. 260]</p> <p>Este volumen de cuentos de Julio Paredes ayuda al lector a sentirse parte de una historia en construcción, en la que todo no es patetismo, ni lugares comunes, ni propaganda. Es posible sentir empatía por este escritor bogotano que habla de lo que a cualquiera le puede suceder en esta ciudad misteriosa.</p> <p>María Osorio, la editora del libro, ha hecho un trabajo sólido. El libro, con un tamaño un poco mayor al formato de bolsillo, ofrece una propuesta de diseño rica: por las tipografías escogidas, por el manejo de la fotografía, por el suave papel bond crema. Un encuentro afortunado, en definitiva, entre un autor colombiano que merece el mayor reconocimiento y una editora que sabe del valor de la obra que le fue entregada.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>